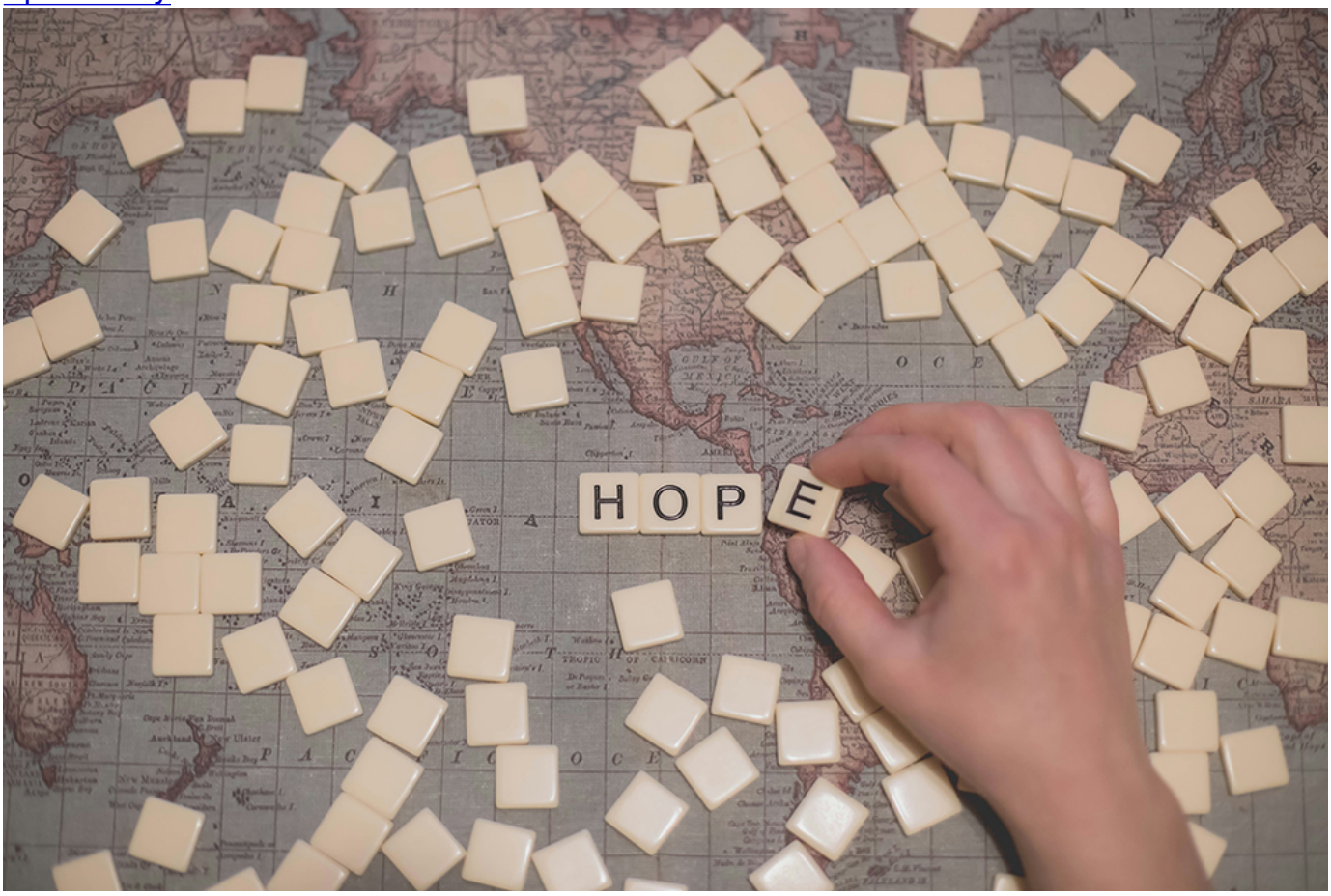
Voices of Sisters

Spirituality



(Foto: Unsplash/Dayne Topkin)



Sr. Karolina Luczak

View Author Profile



Traducido por Carmen Notario

View Author Profile

Join the Conversation

September 30, 2026
Share on BlueskyShare on FacebookShare on TwitterEmail to a friendPrint

Hoy en día, muchas personas describen nuestra época como desesperanzadora. Las guerras en Ucrania y Gaza han traído sufrimiento, desplazamiento y miedo a millones de personas. En todas las sociedades, la polarización política se agrava, las familias se enfrentan a la incertidumbre económica, los migrantes y refugiados buscan seguridad y un lugar al que pertenecer, y cada vez más personas luchan contra la soledad y la ansiedad por lo que pueda deparar el futuro. Incluso las noticias, que deberían informarnos, a menudo nos dejan sintiéndonos abrumados en lugar de fortalecidos.

En las conversaciones con las personas a las que atendemos, y a veces entre nosotras mismas, oímos repetir las mismas palabras: "Ya no veo esperanza".

Sin embargo, en nuestro ministerio con personas mayores que sufren soledad, hemos visto cómo la esperanza también puede volver a través de gestos muy sencillos. Una comida compartida, una visita, una llamada telefónica o, simplemente, saber que alguien volverá la semana que viene puede marcar una diferencia real. No siempre podemos cambiar las circunstancias de una persona, pero podemos ayudar a garantizar que nadie tenga que soportarlas completamente solo.

Otras personas guardan silencio, sin saber muy bien cómo hablar de esperanza sin parecer ingenuas.

Como religiosas, reconocemos bien esta tensión. Vivimos y trabajamos en medio de estas realidades, no al margen de ellas. Para nosotras, la esperanza no es una idea abstracta ni un eslogan reconfortante. Se pone a prueba a diario: en los rostros con los que nos encontramos, en los límites de lo que podemos cambiar y en la perseverancia necesaria para seguir presentes cuando las respuestas no llegan fácilmente.

> "La esperanza sigue haciéndose visible" allí donde las hermanas sirven, en contextos con resultados frágiles y poca visibilidad, escribe la Hna. Karolina Luczak. #HermanasCatólicas #GSRenEspañol
>
> Tweet this

La esperanza nace en lugares cotidianos

El propio cristianismo nació en un mundo que ofrecía pocos motivos para la esperanza. Los Evangelios no sitúan sus orígenes en centros de poder o estabilidad, sino en las frágiles circunstancias de una joven familia. María y José esperaban el nacimiento de su hijo no en la seguridad, sino en la incertidumbre, lejos de casa, sin ninguna garantía de que las cosas 'salieran bien'.

No se trata de un detalle romántico de la historia de la Navidad; es su núcleo teológico. La esperanza cristiana no es optimismo. No depende de circunstancias favorables, de previsiones fiables ni de la estabilidad social. Su fuente se encuentra en otra parte: en la presencia y la fidelidad de Dios, incluso cuando el mundo no ofrece garantías visibles.

Por eso la esperanza puede perdurar cuando, desde un punto de vista humano, el sentido mismo parece desmoronarse.

Nazaret y el trabajo cotidiano de la esperanza

Comprender la esperanza nos lleva a Nazaret. Si la esperanza puede echar raíces donde parece que poco cambia, entonces Nazaret se convierte en algo más que el nombre de un lugar: se convierte en una imagen de cómo actúa Dios. Nazaret era un lugar anodino. Allí no ocurrió nada que hubiera llamado la atención de los historiadores o cronistas de la época. Y, sin embargo, fue allí, en los ritmos ocultos de la vida cotidiana, donde Dios comenzó silenciosamente la obra de la salvación.

Para muchas hermanas hoy en día Nazaret no es una metáfora, sino una realidad vivida. Toma forma en las cocinas de los conventos y en las salas comunitarias, en las aulas, en los refugios, en los hospitales y en los lugares de acompañamiento silencioso. Se encuentra en rutinas que rara vez aparecen en los titulares: la oración recitada a pesar del cansancio, las conversaciones mantenidas sin soluciones claras, la fidelidad a personas y lugares que parecen olvidados por el resto del mundo.

La esperanza, en este sentido, no comienza con un cambio drástico. Nace de la fidelidad a pequeños actos repetidos que afirman la vida y la dignidad, incluso cuando los resultados siguen siendo inciertos.

Advertisement

Esperanza vivida, no proclamada

En un mundo marcado por el miedo y la polarización, los cristianos suelen verse tentados a responder con declaraciones altisonantes o respuestas rápidas. Sin embargo, gran parte de la esperanza que transmiten las religiosas se expresa de otra manera. No se proclama desde la distancia, sino que se vive de cerca.

Es permanecer junto a una persona que ha perdido la confianza en las instituciones y las promesas. Es seguir sirviendo en barrios donde el progreso es lento y los reveses son frecuentes. Es elegir la presencia por encima de la eficiencia, y la escucha por encima de la explicación. Este tipo de esperanza no niega el sufrimiento; se mantiene en medio de él.

El apóstol Pablo escribió que "la esperanza no defrauda" (Romanos 5, 5). No porque la historia mejore inevitablemente, sino porque Dios permanece fiel. La esperanza no brota de nuestra capacidad para resolver crisis, sino de la certeza de que el amor de Dios ya ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu.

Un testimonio silencioso en tiempos de incertidumbre

Muchas religiosas viven y prestan servicio hoy en contextos donde los resultados son frágiles y la visibilidad es limitada. Su testimonio rara vez se ajusta a los criterios contemporáneos de éxito. Y, sin embargo, precisamente en esta perseverancia silenciosa, la esperanza sigue haciéndose visible.

Los pequeños actos de fidelidad suelen hablar con más fuerza que las grandes declaraciones: el perdón que lleva tiempo, la oración ofrecida en medio del agotamiento, permanecer cerca de alguien que ya no cree que el cambio sea posible. Puede que estos gestos no alteren el curso de la historia, pero sostienen la capacidad humana de resistir, de confiar y de amar.

La esperanza cristiana no promete un mundo sin dolor. Promete la presencia de Dios en un mundo que sufre y la seguridad de que el sufrimiento y el miedo no tienen la última palabra.

Para muchos de nosotros, esa esperanza no es espectacular. Es suficiente.

Nota: *Este artículo fue publicado originalmente en inglés el 14 de septiembre de 2026.*